



¡No más falsas excusas!

En tiempos de coronavirus, creo podemos estar todos de acuerdo, en que hace falta la esperanza. Falta el mirar adelante con una sonrisa, con ansia. Y es que, estamos hechos para la comunidad, y si no la tenemos, nos apagamos. Fuimos creados para la comunión, para el compartir, vivir con y por los demás. Por eso nos hace tanta falta el ir a lugares: ir a la universidad, ir a ver a mis amigos, ir a la casa del pololo/a. Tenemos una necesidad real de compartir la vida. Y cuando las opciones para hacer esto se reducen tan drásticamente, nos apagamos un poco, perdemos la esperanza. No tenemos el mismo motor que antes, vamos, de a poco, quedándonos en silencio. ¡Y es que ya no sabemos cómo o con quién compartir la vida! Estamos todos desanimados, y estresados, quizás. Y así, nos encerramos aún más. No buscamos opciones u otros caminos. Simplemente, cerramos nuestra alma, para volver a abrirla una vez que la podamos entregar. Quizás no lo hacemos a propósito, posiblemente sea simplemente un reflejo, un mecanismo de defensa.

Pero no es necesario. No es necesario encerrarnos, apagarnos. ¡Podemos seguir compartiendo la vida! El vivir por y con el prójimo no tiene una necesidad de ser presencial. No tengo que ir a la casa de mi amigo para que me sienta con él; nadie me pide *salir para estar*. También podemos estar juntos, y más unidos que nunca, de manera espiritual. Acordándome del control que tenía tan complicada a mi amiga, y escribiéndole ese día deseándole todo el éxito del mundo, y estar dispuesta a celebrar juntas, o simplemente darle ánimos, “la vas a romper en la próxima, estoy segura”. Y así, vamos creando un ciclo, porque nuestra amiga o amigo, conmovido, va a hacer el esfuerzo por acordarse para tu control la próxima vez. Y quizás, el de un tercero. Y así, con detalles tan chicos, y desde tan lejos, estaremos más unidos que nunca. Porque lo que necesitamos todos es cariño, es unión. Es, en definitiva, comunidad. Yo por ti, y tú por mí. Vamos a salir de esta juntos.

Así que dejemos atrás las excusas y falsas razones: podemos, y debemos, estar unidos en esta pandemia. Quizás no nos vayamos a abrazar, pero sí encontraremos otras maneras de que se sienta nuestro cariño e interés por los demás. No necesitamos salir al fin del mundo a ayudar a todos, ni tampoco hacer actos gigantes. Las verdaderas grandes cosas, son los detalles. Y esos tan, pero tan especiales, que el que los recibe no se los esperaba. Algo que para él era tan grande, como ese control que lo tenía nervioso, pero que pensaba que para los demás era tan chico. Salgamos de nosotros mismos para lograr ver, en esas pequeñeces, oportunidades. Y así salir de esta pandemia, no sólo sanos, sino que también más unidos, a los demás, y a Cristo. Y así, con el amor de Cristo, quien nos ve pequeños, y quien se hizo pequeño por nosotros, encendamos la esperanza.